

## LA VIDA DE BLANQUERNA CULMINANTE EN LA CONTEMPLATIVA DEL AMOR DIVINO

En la tan fecunda producción literaria de Raimundo Lulio, Blanquerma ocupa un lugar privilegiado. Diríase que, a través de tal personaje, se transparenta el alma del autor, toda ella hecha de generosidad y de universalismo. Por eso me ha parecido oportuno, no precisamente dar a conocer en este Congreso una obra tan famosa, sino llamar la atención sobre la doble significación de la vida de Blanquerma, como modelo o ejemplar de todo género de vida humana, culminante en la vida del amor divino, tan sugestivamente trazada en el libro «Del amigo y del Amado» y del «Arte de la contemplación», que coronan el de Blanquerma. De ahí las dos partes de esta comunicación.<sup>1</sup>

### I. LA VIDA DE BLANQUERNA COMO EJEMPLAR DE TODO GÉNERO DE VIDA HUMANA

I. Fueron los padres de Blanquerma Evast y Aloma y, al trazar sus vidas, se ha propuesto indudablemente Raimundo Lulio presentarnos un modelo de vida conyugal. Unidos en matrimonio de condición modesta pero profundamente amorosa y deseosos de sucesión, la lograron en Blanquerma, a quien criaron y educaron con el máximo esmero. Se da en la convivencia de Evast con Aloma como un conato de separación religiosa en el sentido restringido de la palabra, a propuesta de Evast, pero a la que resiste Aloma, conviviendo ambos en un término medio de religiosidad dentro del ambiente doméstico y familiar. Blanquerma era la gran preocupación de aquellos padres

---

<sup>1</sup> Utilizo para ello la edición de *Blanquerma* hecha por la Editorial Aguilar, colección Crisol.

ejemplares, que soñaban con que su hijo continuara su casa y su descendencia, y hasta le propusieron a tal efecto la candidatura de una doncella de excelentes prendas llamada Cana, ella misma enamorada de Blanquerna. Grande fué la sorpresa de los padres de Cana al encontrarse con la absoluta discrepancia del hijo en orden a tales sugerencias, y su decisión de emprender una vida eremítica, consagrada exclusivamente a Dios en la máxima abnegación de los bienes de este mundo. «Voy a los bosques a contemplar a mi Señor Jesucristo y a su gloriosa Madre la Virgen María. Llevo por compañeros la fe, la esperanza, la caridad, la justicia, la providencia, la fortaleza y la templanza. Necesito la fe, para creer, los artículos de nuestra santa fe católica, apostólica, romana, para vencer las tentaciones que causa la ignorancia. Llevo la esperanza, para esperar y confiar en la ayuda de Aquel que puede ayudarme. La caridad lleva mi corazón a las selvas, y ello me hace parecer que esta ciudad y demás poblaciones son unos despoblados. Con ella todo lo puede el hombre y todo lo vence. La justicia me obliga a volver a Dios el cuerpo y el alma, porque es Criador y bienhechor mío y de cuanto tiene ser. La prudencia me da a conocer y menospreciar el mundo caduco, lleno de engaños y errores, y me hace desear la eterna bienaventuranza. La fortaleza, con la fuerza del Altísimo, alienta mi corazón para sufrir por su amor cualquier trabajo. Llevo conmigo la templanza, como señora de mi boca, de mi apetito y de mi vientre».

Ante esta decisión, se resignan Evast, Aloma y Cana. Los dos primeros vienen a adoptar un plan de vida de gran austeridad e intensa religiosidad en su hogar, llegando Evast a fundar un hospital donde sana de su enfermedad. Uno y otra dan un gran fecundo ejemplo de purificación de todos los pecados capitales. En cuanto a Cana, no sólo disuadida de aspirar al amor de Blanquerna, sino inducida por éste a renunciar a todo otro amor, entra en religión, no sin vencer la violenta oposición de su madre Anastasia.<sup>2</sup>

II. Entrada Cana en religión, pronto es elegida abadesa de su Comunidad, a la que propone una ordenación de su vida desde distintos puntos de vista de la espiritualidad cristiana. Ante todo, imponiéndole la disciplina de los sentidos, vista, olfato, gusto, tacto, repasándolos uno a uno y determinando los objetos a que pueden y

---

<sup>2</sup> Todo ello hace el objeto de los 34 capítulos del libro I.

no deben aplicarse, si se quiere poner a salvo la vida interior. Luego expone las exigencias de las virtudes teologales y morales en forma casuística, así como los pecados opuestos a ellas. Continúa con las normas de espiritualidad concernientes a las tres potencias capitales del alma, memoria, entendimiento y voluntad. Finalmente, expone las condiciones propias de la oración en sus cuatro modos: «el primero es cuando el corazón contempla en Dios, sin hablar la boca palabra; el segundo, cuando el corazón y la boca concuerdan en la oración y el alma entiende lo que las palabras significan; el tercero, cuando el hombre lleva una vida santa, sin cometer pecado mortal, pero en este caso cuanto hace por amor de Dios es oración; el cuarto es cuando el hombre con la boca dice palabras de oración, y su corazón está pensando en otras cosas»; modo este último desagradable a Dios por faltarle la caridad, sabiduría y fortaleza. Termina la ordenación monástica de la abadesa Sara con el establecimiento de espías, «escolta que vaya observando cuanto daremos con tal que ninguno sepa cual es, a fin de que la una se tome de la otra, como si yo misma estuviera presente, y que después en capítulo vaya contando todo lo que habrá observado en nosotros que fuera mal visto y contra nuestra orden».<sup>3</sup>

III. A continuación se dan en Blanquerna, y por el mismo, muy valiosas lecciones de vida cristiana, y ello bajo dos formas.

Ante todo. Blanquerna hace su vida eremítica y ocasionalmente en ello va desgranando sus normas de espiritualidad. Bajo el simbolismo de un suntuoso palacio, en cuyo portal ve escritas en letras de oro las fórmulas de los diez mandamientos, personificados en hombres, va declarando su contenido. Luego aprovecha ocasiones episódicas de sus diversos encuentros para dar lecciones a ellos congruentes. Llamam la atención sus amonestaciones ante las desgracias ocurrientes en la vida, contra los agüeros y hechicerías —cuya vanidad ostenta afirmando que «todo cuanto tiene ser y existe en este mundo va encaminado por estas dos cosas, a saber, por la ocasión (o «causa») y por la ventura («casualidad»)– y condenando el empleo de la fuerza en venganza contra el enemigo o contra el pudor de una doncella, haciendo ver la superioridad de la fuerza moral o virtud de fortaleza sobre la material. Blanquerna exalta sobre tales aparentes valores el

<sup>3</sup> Véanse los 208 capítulos de la Parte I del Libro II.

auténtico valor de la vida, «que consiste en tres cosas: la primera, en las cosas terrenales que valen para sustentar y mantener el cuerpo; la segunda, en ganar virtudes y méritos; la tercera, en cuanto todas las cosas son buenas, si Dios, con ellas y por ellas, es conocido, amado y servido, y quiere usar de su poder con sus criaturas.

Su encuentro con un Narpan que se halla en un Monasterio haciendo una falsa penitencia, pone a Blanquerna en relación con éste, y ante su comunidad declara que «a la penitencia pertenecen tres cosas, a saber: contrición de corazón, confesión de boca y satisfacción por obra de los pecados que el hombre ha cometido. Explicadas tales cosas por Blanquerna, con la conversión de Narpan y gran edificación del Monasterio, es requerido por éste Blanquerna para predicar a sus monjes la sana doctrina, de lo que Blanquerna se excusa por su condición de ermitaño, pero sin negarse a prestarles servicios parciales, e incluso una ordenación de estadios, minuciosamente trazada, y aun ejecutada por el propio Blanquerna, hasta representar al Monasterio en Cortes convocadas por el Rey, que adoptaron el dictamen propuesto por Blanquerna. Blanquerna no dejó de censurar los vicios y defectos contrarios a la vida monástica que advirtió en tal monasterio, con lo que su prestigio creció en él y fué requerido para ser ordenado sacerdote, y elegido abad a la muerte del que lo era, sin que valieran en contra las excusas que Blanquerna alegara.

En su oficio de Abad, Blanquerna se trazó un plan a base de la oración del *Ave Maria*, cuyas diversas partes interpretó y aplicó con la colaboración del monje Pagoz, y tampoco faltaron ocasiones de dar lecciones prácticas de vida cristiana, y de rectificar prejuicios muy acreditados. Se pregunta uno si el propio Blanquerna no se dejó arrastrar por alguno de ellos, como cuando, pese a sus anteriores condenaciones de la violencia, no vacila en elogiar la empleada con amenaza de muerte por un caballero cristiano contra otro moro hasta obligarle a confesar (es de suponer con qué sinceridad) «que la Virgen María era digna de ser loada con aquella alabanza por la cual la loaba el cristiano»; y la aplicada con muerte efectiva contra otro moro, en cuya venganza el rey moro mató a los agresores cristianos tenidos como mártires por Blanquerna.

Es muy digna de atención la preocupación de Blanquerna por la suerte de los infieles y su evangelización. Bajo el símil de la Fe personificada en una Señora, le hace decir que «he pasado a tierra de los moros con el fin de convertirlos al camino de salvación, y no me han

querido recibir ni a mí ni a aquella, cuyo nombre es la verdad. In-crédulos son y contrarios a mí y a esta Señora Verdad. Triste y affligido está mi alma porque Dios no es creído, honrado ni amado en aquellas tierras. Grande es mi dolor y piedad por la condenación de aquellas gentes ignorantes». Y en el *Ave Maria* se dirige a la Virgen pidiendo que les ayude «a que te honremos honrando a tu Hijo en aquel lugar donde eres destronada y tu Hijo desamado, destronado, descreído y blasfemado por aquellos hombres a quienes tu Hijo bendito espera que vayan a honrarle y defenderle de los defectos que falsamente le son atribuídos por aquellos que viven en error y van caminando al fuego perdurable». Obsérvese que Blanquerna da por seguro que tales infieles son condenados por su ignorancia, sin preguntarse si ésta es culpable o inculpable y por ende excusable.<sup>4</sup>

IV. La persona de Blanquerna en la última etapa de su vida es exaltada a la condición de prelatía, primero como Obispo, luego como Papa.

1) Como obispo planea su actividad apostólica, dividiendo a su Cabildo de Canónigos en tres partes: la una dedicada a tareas de evangelización, otra al culto de la Teología y de los Cánones y la tercera a servicios de Iglesia. La evangelización es trazada bajo el plan de las ocho bienaventuranzas: pobreza, mansedumbre, llanto, aflicción, hambre y sed, misericordia, mundicia, paz, persecución por la justicia. Cada una de ellas es mostrada en cosas concretas, aplicadas a los oficios mundanos y fomentada por su canónigo titular. Es también institución episcopal de Blanquerna la de los *Quodlibeta* o cuestiones a tratar entre los eclesiásticos a su arbitrio, pero con un cuestionario de diez propuestas por el obispo y aprobado por el Papa.

En él son de señalar dos graves preocupaciones de Blanquerna. La primera ya mencionada tocante a la suerte de los infieles, en orden a la cual se pregunta si los cristianos son culpables de su ignorancia, y pueden procurar su conversión con más eficacia que aquellos la apostasía de los cristianos. La segunda referente a si los artículos de la Santa Fe Católica de los cristianos pueden ser entendidos por razones necesarias, y si el valor de la fe puede con ello variar. El propio obispo Blanquerna pretende dar solución a este último extremo

<sup>4</sup> Véanse los 24 capítulos de la parte II del Libro II.

cuando ante el Consistorio de Cardenales niega la posibilidad de tales razones necesarias, si ellas se reducen a mostrar la contradicción que había en rechazar determinado artículo de la fe, pero admite la posibilidad de una razón necesaria, no por vía de contradicción, sino de causa a efecto, sin que ello fuera en mengua de la dignidad y el mérito de la fe.<sup>5</sup>

2) Con todo ello subió el prestigio de Blanquerna hasta el punto de ser elegido papa en la vacante del que lo era a la sazón y Blanquerna hubo de hacerse cargo del supremo pontificado, cuyo apostolado planeó en 16 partes, conformes a la del *Gloria in excelsis Deo*, encomendadas a otros tantos Cardenales, reservándose él la primera, así como el presidir los capítulos conciliares en que se reúnan los llamados a discutir la tarea común.

En el apostolado de Blanquerna no entra sólo la predicación cerca del pueblo cristiano en los templos y por las calles de las ciudades y villas, sino también la propagación de la fe católica entre los pueblos que la ignoran, «judíos, moros, tártaros y demás infieles de los que se hace decir a un lego «que mueren en pecado de ignorancia, pierden la vida perdurable y muriendo se van en derechura al fuego infernal». «¿Cómo —pregunta un cardenal al Papa— puede tener la falsedad tanto poder en el mundo, siendo más los hombres idólatras que creen en ídolos que no son aquellos que creen en Dios?» A lo que el Papa responde: «que aquel error no provenía de que la falsedad fuere más poderosa que la verdad, sino que era por la falta de devoción y de caridad, que no quieren enseñar la verdad». Para facilitararlo, dispone el Papa que se constituyan Centros docentes de ciencias y lenguas, en los que se estudien las de los países no cristianos, y éstos las de los cristianos. También dispone se atienda «a los cristianos que están entre los sarracenos y los tártaros en sujeción y cautivos» con peligro de renegar de su fe.

Pese a la evidente preferencia del papa Blanquerna por la conversión mediante razones convincentes, y no por la fuerza, no puede decirse que condene totalmente el empleo de ésta, cuando «envía un caballero eclesiástico del orden de ciencia y caballería, a un rey moro, y aquel caballero, a fuerza de armas, venció a diez caballeros

<sup>5</sup> Lo tocante a la vida como obispo de Blanquerna se contiene en los II capítulos del libro III.

moros, uno por uno en distintos días, y después venció con razones a todos los moros sabios de aquella tierra, probándoles a todos, con toda claridad, que nuestra santa fe católica es verdadera». Más grave fué el caso de otro caballero que había pasado a una ciudad para desafiar cuerpo a cuerpo a cualquiera que dijese que no había Dios y que Dios no había creado el sol, la luna y las estrellas y a todas las demás criaturas, de las cuales adoran los idólatras en semejanza de Dios; y sobre este punto combatió con muchos caballeros y venció a muchos, hasta que finalmente lo mató un archero con un dardo que le tiró, partiéndole por medio el corazón. Y con esto el caballero fué mártir por loar a Dios con las armas», juicio que mereció la aprobación del papa y los cardenales con grandes encomios.

El universalismo del Papa Blanquerna no se limita al apostolado cristiano, sino que se extiende a toda la sociedad humana. Sueña con que «el hombre concuerde todas las ciencias sobredichas —teología, filosofía natural, derecho y medicina— reduciéndolas a breves y necesarios principios que discurriesen por vía de arte, para que si se levantase algún error o falsa opinión, pudiese el hombre dirigirse y regularse por el arte de los principios de cada ciencia y destruyese todos los errores y falsas opiniones contrarias a las ciencias referidas». A esta unificación de las ciencias contribuiría la de las lenguas, que el Papa confía a los cardenales, preguntándoles «que lengua —que al fin resulta ser la latina— les parecía más a propósito y conveniente de enseñarse a todas las gentes del mundo en general, para que todos se entendiesen y se amasen y se convinieran mejor en servicio a nuestro Señor Dios». Con ello disminuirían las causas y ocasiones de guerra y se procuraría la paz universal, que fomenta el Papa invitando a las repúblicas a que declaren «cuál de ellas tiene quejas y agravios de la otra» para después venir a congregar a todas ellas en un capítulo o congreso donde se tratase de amistad y corrección de unos a otros y se estableciese entre ellos una pena pecuniaria con el que no quisiese convenir a las resoluciones de los definidores de aquel Capítulo. «Y por esta ordenación —termina diciendo el Papa— podrán las repúblicas reducirse a la paz y concordia».

Para el logro de tales propósitos, el Papa echa mano de las tres facultades capitales de la mente humana, que son la memoria, el entendimiento y la voluntad, cuya colaboración no dejó de prestarse a muchos impedimentos. Para resolverlos, el Papa y los cardenales, previa deliberación, convienen en «que la memoria fuese primero

que el entendimiento, para que la voluntad en el principio no inclinase al entendimiento a una parte, sino que fuera igual entre las dos partes, y que después viniese la voluntad, la cual sería igual por la igualdad de la memoria y del entendimiento.<sup>6</sup>

La fecunda labor realizada y por realizar no fué óbice a que el papa Blanquerna, cediendo a la presión de su vocación eremítica, dimitiera del supremo pontificado para proseguirla con toda libertad de espíritu y de ocupaciones, lo que los cardenales aceptaron con gran sentimiento, pero a la vez contribuyendo a facilitar al papa dimisionario el cumplimiento de su vocación en un monasterio adecuado, provisto de cuanto al efecto necesitase. Fruto selectísimo de la nueva condición eremítica de Blanquerna fué su «Arte de contemplación» y su libro «Del amigo y del Amado», de que vamos a dar inmediata cuenta. De esta manera la vida de Blanquerna, tras de haber servido en sus vicisitudes con su ejemplo y sus enseñanzas de espejo a las varias condiciones de la vida humana, viene a culminar en lo que ha sido de ella a la vez raíz y supremo ideal: la contemplación y el amor divino.<sup>7</sup>

## II. LA VIDA DE BLANQUERNA CULMINANTE EN EL AMOR DIVINO

A) La vida contemplativa de Blanquerna se inició por el desasimiento de las criaturas, o sea, «de los cuidados y embarazos de las cosas temporales en su memoria, entendimiento y voluntad», para sumirse en la contemplación de las virtudes y dignidades divinas que son dieciseis, a saber «Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Amor, Virtud, Verdad, Gloria, Perfección, Justicia, Largueza, Misericordia, Humildad, Señorío y Paciencia».

«Blanquerna consideró en la virtud de las plantas, hierbas y demás cosas que la Naturaleza ordena a un fin, y su entendimiento entendió cómo en cada una de las cosas naturales hay una virtud que domina todas las otras virtudes que se hallan en aquel cuerpo, y por eso la Naturaleza en cada cuerpo elementado tiene natural apetito a

<sup>6</sup> La actuación de Blanquerna como Sumo Pontífice se expone en los 17 capítulos del libro IV.

<sup>7</sup> La invitación de la vida eremítica de Blanquerna se da en los 4 primeros capítulos del libro V.



un fin». El de las criaturas infrahumanas es servir al hombre, y el del hombre loar, honrar y servir a un Dios tan solamente», en sus mencionadas virtudes y dignidades, y ello «confiando una forma, una virtud con otra solamente, o una virtud con dos o tres o más virtudes» o por otros modos semejantes.

A este efecto pasa a contribución Blanquerna las tres facultades de su alma, Memoria, Entendimiento y Voluntad, que acordaron «de contemplar a la Divina bondad en la virtud, verdad y gloria, y recordó la Memoria virtud de Bien infinito, existiendo la virtud infinita en verdad y gloria, y el entendimiento entendió todo aquello que la Memoria habría recordado; y la Voluntad amó todo aquello que la Memoria recordaba y el entendimiento entendía». «La memoria, entendimiento y voluntad se esforzaban a subir a su Amado, la memoria quiso elevarse para memorar la perfección; el entendimiento, para entender la justicia y la voluntad para amar la largueza, pero ninguna de las tres potencias pudo trascender a la otra, porque cada una había menester a las tres virtudes de su Amado para significar que las tres virtudes referidas son una misma cosa en su Amado. Otro tanto ocurre con el poder, saber y querer, que son distintos en las criaturas pero no en el Ser increado.

Así prorrumpe Blanquerna en su oración a Dios diciéndole «Oh Esencia divina!, tan grande eres tú en Bondad y Eternidad que entre ti y tu bondad, grandeza y eternidad no hay diferencia alguna. Tú eres esencia y tú eres Dios, y pues entre Deidad y Dios no hay diferencia alguna, adórote, Deidad y Dios, Esencia y ser en una cosa misma...; por eso, soberano Esencia, yo te adoro y bendigo en muy pura actualidad y simple igualdad con todas las virtudes y dignidades divinas».

La oración de Blanquerna se dirige ante todo a Dios uno. «Sobrano bien, solo tu bondad es infinita en grandeza, eternidad y poder, porque ninguna otra bondad tiene con que pueda ser eternamente infinita ni poderosa infinitamente, y por eso, soberano bien, yo te adoro a ti solo un Dios que eres soberano en todas perfecciones. Tú eres un solo Bien, de quien descienden y emanan todos los otros bienes. Tu bien tan solamente sostiene a todo otro bien. Sólo tu bien es principio de mi bien, y por eso todo un bien doy y sujeto a honrar, loar y servir a tu Bien tan solamente».

Pero, tras de este homenaje a Dios-uno, «contemplar quiso Blanquerna la Santísima Trinidad de nuestro Señor Dios, y por eso en el

principio de su oración rogó a Dios le exaltase las potencias del alma para poder ascender a contemplar sus divinas virtudes y dignidades, para que por ellas pudiese contemplar su Trinidad gloriosa «con sus propias esenciales virtudes y dignidades comunes a las tres propiedades esenciales, y a las tres divinas personas; a saber considerando cuan gran Bien es engendrar Dios que sea bien infinito, eterno, poderoso, sabio, amoroso, virtuoso, verdadero, glorioso, cumplido en toda perfección», y además «cuan grande Bien es dar a Dios procesión en que sean todas las virtudes comunes sobredichas».

«Recordó Blanquerna la Santísima Trinidad de nuestro Señor Dios para que el entendimiento entendiese cómo de la influencia de Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría y Voluntad de la Trinidad divina, debió Dios hacer en la criatura una obra que fuese de gran benignidad, durabilidad, poder, sabiduría y caridad. Y por eso el entendimiento entendió que, según la operación que hay en las Personas divinas, era cosa conveniente que Dios asumiese naturaleza humana en unión personal y en la cual y por la cual fuesen significadas sus divinas virtudes, y las operaciones interiores que tiene en sus divinas personas, y que por aquella significación la voluntad de Blanquerna y la de los demás hombres amase más a Dios y sus obras». Por eso, «mayor es, Señor, la gloria de tu humana naturaleza que todas las otras glorias creadas, y esto es porque tu perfección es mayor que toda otra perfección». A lo cual se añadió «la maldad que cometió nuestro padre Adán contra el Creador cuando le fué inobediente, y cuan grande la misericordia, largueza, humildad, paciencia y señorío de Dios, cuando le plugo tomar carne humana y cuando quiso entregar aquella Humanidad a la pobreza, desprecios, formentos, trabajos, congojas y vil muerte, sin tener culpa ni parte en nuestros defectos». Todo ello coronado por la gloriosa resurrección de Jesucristo, y para que «todos los ángeles y todas las almas de los santos y todos los cuerpos de los bienaventurados, después de la resurrección, tengan gloria en la humana naturaleza y por ella puedan ascender a haberla mayor en su naturaleza divina.

Aquí se descubre de nuevo la gran preocupación de Blanquerna por el mundo de los infieles. «La mayor verdad que sea conjunta de verdad increada y creada es en la Encarnación; luego ¿como son más los hombres que la ignoran, descreen y menosprecian que los que la honran y creen? ¡Ah, Justicia! tú que eres tan grande en Poder, Saber y perfección ¿qué harás? ¿Castigarás estos defectos tan grandes y tan

mortales? ¡Ah misericordia!, tú en quien haya tanta benignidad, amor, ciencia y humildad, ¿los perdonarás? Y hasta llegaba a preguntarse «¿Quienes eran sabidos y reputados de la sabiduría de Dios por más culpables, los infieles que por su ignorancia no honran a la Santa Persona de Jesucristo, o aquellos católicos que la saben y entienden y no la honran ni la hacen honrar por aquellos que la ignoran y a quienes la pudieran hacer amar, conocer y honrar?». Aquí lloró Blanquerna, y entre temor y esperanza se entristecía y alegraba contemplando la Santa encarnación del Hijo de Dios.

De esta manera se entregaba a Dios Blanquerna ante todo en la oración, pero también repasando otras modalidades y aspectos de la vida espiritual —cuales son el Padre nuestro, *Ave Maria*, los Mandamientos, el *Miserere*, los Sacramentos, las Virtudes teologales y morales y los pecados mortales— y haciendo de ellos tema de aplicación a la contemplación de la esencia divina y de sus virtudes o dignidades reflejadas eminentemente en la persona de Jesucristo.

B) La alta espiritualidad de Blanquerna en su vida contemplativa, halla su auténtica y cabal expresión en su «Libro del amigo y del Amado» y del amor entre los dos; libro que se desarrolla en 365 puntos de muy heterogénea y hasta incoherente significación, en los que trata de hacer una selección ordenada, sin pretensión de agotar su insondable riqueza. Todo el libro es como una mutua efusión sentimental entre el amigo (la persona humana) y el Amado (la esencia divina), de matices variadísimos, y el presente resumen no puede dispensar de su lectura y meditación reposada, siquiera pueda facilitarla.

a) Con ojos de pensamientos, langores, suspiros y llantos miraba el amigo a su Amado, y con ojos de justicia, gracia, piedad, misericordia y liberalidad remiraba el Amado a su amigo, y su pájaro cantaba el sobredicho placentero aspecta» (40).

«Dos son los fuegos que calientan el amor del amigo: el uno es de deseos, placeres y pensamientos; el otro se compone de temor y desmayos, lágrimas y llantos» (44). Al amigo preguntaron «¿cuáles son tus riquezas?» Respondióles: «las pobrezaas que por mi Amado padezco». ¿Y cuál es tu descanso? «El desfallecimiento que por amor me da». ¿Y quién es tu médico? «La confianza que tengo con mi Amado». ¿Y quién es tu maestro? Respondió: «las significaciones que

las criaturas me dan de mi Amado?» (57). «Preguntaron al amigo en donde tuvieron el primer principio sus amores. Y respondió que en la nobleza de su Amado, y de aquel principio se inclinó a amar a su Amado, a sí mismo y al prójimo, y a desamar al engaño y a la falsedad» (61). Al amado preguntaron por el amor de su amigo y respondió que el amor de su amigo es una mezcla de gozo y tribulación, de temor y de confianza. Al amigo le preguntaron por el amor de su Amado. Respondió que el amor de su amado es influencia de infinita Bondad, Eternidad, Poder, Sabiduría, Caridad y Perfección, la que influye el Amado a su amigo» (85). «No hay en el Amado cosa alguna en que el amigo no tenga sus ansias y tribulaciones, ni tiene el amigo cosa alguna en que el Amado no tenga placer y señorío; por esto, el amor del Amado está en acción y el amigo, por amor está en dolores y pasión» (115). Y «las noblezas, los honores y las buenas obras del amado son tesoro y riqueza del amigo, y el tesoro del Amado son los pensamientos y descos, los tormentos y los llantos y lágrimas que sufre el amigo por honrar y amar a su Amado» (57).

Es interesante registrar las condiciones del dinamismo del amor del amigo pero con su Amado. «Por las ondas de vegetación, sentido, imaginación y voluntad, iba el amigo buscando a su Amado; en estas sendas padecía el amigo peligros, enfermedades, trabajos y muchas dificultades para que exaltase su entendimiento y su voluntad, lo que le era muy gustoso porque su Amado quiere que sus amadores le entiendan y quieran altamente» (319).

«Preguntaron al amigo ¿A dónde vas? Y respondió: Vengo de mi Amado. ¿De donde vienes? Voy a mi Amado. ¿Cuándo volverás? Me estaré con mi Amado. ¿Que tiempo estarás con tu Amado? Todo el tiempo que estén en él mis pensamientos» (24). «Ausentóse el Amado de su amigo y buscaba el amigo a su Amado con su memoria y entendimiento para poderle amar. Halló el amigo a su Amado y preguntóle a donde había estado. Respondióle que en la ausencia de su recuerdo y en la ignorancia de su inteligencia» (94).

Con sus matices peculiares en el Amado y el amigo, la vida común de ambos se cifra en el amor. «Preguntaron al amigo de quien era, y respondióle que del amor. ¿De quién eres? De Amor. ¿Quién te engendró? Amor. ¿En donde naciste? En Amor. ¿Quién te crió? Amor. ¿De donde vienes? De Amor. ¿A donde vas? A Amor. ¿En donde habitas? En Amor» (48). «Preguntaron al amigo cual era la fuente de amor. Respondió que aquella en donde el Amado nos ha limpiado de

nuestras culpas, en la cual da de balde agua viva, de la cual quien bebe logra vida eterna en amor sin fin» (174). En cuanto a los frutos del amor son «placeres, pensamientos, deseos, suspiros, ansias, trabajos, peligros, tormentos y dolencias puesto que sin estos frutos no se deja tocar el amor de sus servidores» (74). Tocante a las facultades «elevó el Amado el entendimiento del amigo, a entender a sus alturas, para que el entendimiento inclinase la memoria a memorar sus propios defectos, y la voluntad los aborreciese y subiese a amar las perfecciones del Amado» (184). «Las señas de los amores que hace el amigo a su Amado en el principio son llantos, en el medio, tribulaciones, y al fin, dulce muerte; y por estas señas predicó el amigo a los amadores de su Amado» (233). «Al amigo fué propuesta esta cuestión. ¿En donde muere el amor? Respondió: en los temporales deleite de este mundo. ¿En donde vive y se cría? En los pensamientos del otro mundo» (362). En definitiva: «Qué es amor? Una concordancia teórica y práctica o un fin, al cual se mueve el complemento de la voluntad del amigo, para que obligue a las gentes a que honren y sirvan a su Amado» (236). O bien, «amor es muerte de quien vive y vida de quien muere; es alegría en el día y tristeza en la muerte, es deleite y consuelo en la patria y melancolía en la peregrinación, es ausencia suspirada y presencia alegre sin fin» (329). Y en otro lugar «mi amor me es dulzura amarga y amargura dulce y mis lágrimas son testimonio de que todavía no nació el día, pero mi amor me conduce a la patria a donde no puede haber noche».

Algunas peculiaridades del amor «En los secretos del amigo están revelados los secretos del Amado y en los secretos del Amado están revelados los secretos del amigo, y es cuestión cual de estos secretos es mayor ocasión de revelación» (161). «Por el particular amor que tiene el amigo a su Amado amaba el amigo el bien común más que el particular, porque su Amado en general fuese conocido, loado y deseado por todo el mundo» (163). ¿En qué radica la inteligencia, ¿en entender verdad o falsedad? En entender verdad, más que en entendía la falsedad para poder entender mejor la verdad» (106). «Dos pensamientos tenía el amigo; con el uno pensaba todos los días en la esencia y virtudes de su amado; con el otro, en las obras de su Amado, de ahí nació la cuestión sobre cual de estos dos pensamientos era más excelente y más del gusto del Amado» (254). «Propúsose también al amigo esta cuestión: «en donde había mayor peligro, en padecer trabajos por Amor o en gozar felicidades? Convino el amigo con su

Amado diciendo que peligros por felicidades son por falta de conocimiento y peligros por infelicidades son por impaciencia» (251).

La totalidad y exclusividad es una característica del amor del amigo para su Amado. Decía el amigo a su Amado: «Tú eres todo y por todo; y en todo y con todo. A ti quiero entregarme todo para tenerte todo». Objeta el Amado, «Si tú me tienes todo, ¿que tendrá tu hijo, tu hermano y tu padre?» Dijo el amigo: «Tal todo eres tú que puedes abundar y ser todo de cada uno que a ti se te entrega» (69). Y en otro lugar: «No piense el Amado que yo me haya pasado a amar a otro Amado, porque el amor me tiene unido todo en amor a un solo Amado». Respondió el Amado diciendo «No piense el amigo mío que yo sea amado y servido por él sólo, antes tengo muchos amores, por quienes soy amado más viva y dilatadamente que no por su amor» (228).

Parte importante en el amor son las tribulaciones y los agravios. «Preguntaron al amigo que cosa era bienaventuranza. Y respondió que tribulación padecida por amor» (65). «Y qué cosa es tribulación? Respondió que memoria de los desacatos que se hacen a mi Amado, digna de toda honra» (67). Y «¿hasta cuando serán cautivo y sujeto a llorar y padecer trabajos y penas?» Respondió «hasta que el Amado hará de mi alma y mi cuerpo separación» (178). «Decía el amigo a su caro Amado que le enseñase medios de hacerle conocer, amar y alabar a las gentes. Llenó el Amado de devoción, paciencia, caridad, tribulaciones, pensamientos, suspiros y llantos al amigo, y vino en su corazón osadía para alabarle y en su boca alabanzas de su Amado, y en su voluntad desprecio de la murmuración de las gentes que juzgan falsamente» (135). En cuanto a sus enemigos, «no deja mi Amado de prometerles dones y retribuciones, y con justicia y sabiduría amenaza a la memoria y voluntad de aquellos que desprecian sus promesas y no estiman sus amenazas, y de aquí que su miseria y su mal les viene por su culpa y no por mi Amado» (127).

Rasgo distintivo del amor entre el amigo y el Amado son sus contrastes. El primero es el del placer y tormento: «los pensamientos del Amado estaban entre el olvido de sus tormentos y el recuerdo de sus placeres, porque los placeres que goza del amor le hacen olvidar la fatiga de los tormentos, y los tormentos que por amor padece le hacen recordar la felicidad que logra por amor» (188). Sigue el de la verdad y la falsedad: «Si tú, cautivo de amor, dices la verdad, serás herido de las gentes, escarnecido, reprendido, atormentado y conde-

nado a muerte». Respondió el amigo: «De esto se sigue que, si yo dijera falsedades, sería amado, alabado, y servido y honrado de las gentes y defendido de los que menosprecian a mi Amado» (258). Se añade el de alabanza y vituperios: «tan vivamente deseaba el amigo las alabanzas y honras de su Amado, que dudaba si se acordaba bastante de ellas; y tan vivamente aborrecía las deshonras y blasfemias, que dudaba si las aborrecía bastante, por lo que estaba el amigo turbado por su Amado entre amor y temor» (195). También la justicia y la misericordia del Amado solicitan en diversas direcciones el ánimo y la voluntad del amigo (203): «asimismo el temor de las penas del infierno y el puro amor hacia el Amado, con las consiguientes lágrimas por uno y otro motivo, pero «con mayor honra a su Amado por amor que por temor» (340 y 341). En lo intelectual, el contraste se da entre la ciencia y la creencia; y así «tanto amaba el amigo a su Amado que creía cuanto él le decía y tanto deseaba entenderle que cuanto oía decir de él deseaba entender por razones necesarias. Y por eso el amor del amigo se hallaba entre creencia e inteligencia, fe y ciencia» (198). Preguntado el amigo «Si quiere ser libre en todas las cosas?» responde «sí, menos de mi Amado»; «Y quieres ser cautivo?» «Sí, de amor, suspiros y pensamientos, trabajos, penas, destierros y llantos para servir a mi Amado» (246), porque, en definitiva «amor es aquella cosa que pone en servidumbre a los libres y da libertad a los siervos» (302). «Dime, cautivo de amor, ¿qué cosa es soledad?» Respondió: «consuelo y compañía del amigo y del Amado. ¿Y que cosa es consuelo y compañía? Respondió que soledad, estando en el corazón del amigo, que solo se acuerde de su Amado» (250). Finalmente, «amor y amar, amigo y Amado se convienen tan fuertemente en mi Amado que son una actualidad en esencia, y amigo y Amado son cosas distintas, concordantes sin contrariedad ninguna, ni diversidad de esencia. y por eso Amado es amable sobre todos los amores» (211).

b) El ser de Dios uno, que es el Amado, se señala por su simplicidad, condición de la perfección «alababa el amigo a su Amado diciendo que si el Amado tiene mayor posibilidad en perfección y mayor imposibilidad en imperfección, conviene que el Amado sea simple y pura actualidad en esencia y adoración» (276). En orden al saber, «disputaban sobre la simplicidad dos entre sí». El uno decía: «simple es el que no sabe nada». El otro decía: «simple es el que vive



sin pecado». Interviene el amigo para decir que «simplicidad es magnificar la fe sobre el saber en lo que la excede, y evitar en toda forma las cosas vanas, superfluas, curiosas y nimiamente sutiles y presuntuosas en todo lo que es de mi Amado, porque aquellas son contrarias a la simplicidad» (334). Por otra parte, «veía el amigo que la eternidad se conviene mejor con su Amado, que es esencia infinita en grandeza y entera perfección, que tiene cantidad, entidad y acción finida y terminada» (293).

Estando el amigo haciéndose tales consideraciones «le era revelada la Santísima Trinidad de su Amado» (276). «El amigo veía mayor concordancia en el número 1 y 3 que en otro número, y eso porque toda forma corporal pasaba del no ser al ser por el sobredicho número, y por eso el amigo miraba a la Unidad Trina y a la Trinidad una de su Amado, por la mayor concordancia del sobredicho número» (277). «Del profundo abismo de la fuente de bondad y valor salieron dos semejantes en honor y en valor; igualmente, por el amor de los tres se inflamaba el amigo, y el amor, con todo esto, no es más que uno, para demostrar que, aunque sean tres Amados subsistentes, pero es uno solamente por esencia» (266). «Mas le preguntaron: ¿Qué cosa es la unidad de tu Amado? Es lo que una a tres en eternidad sin distinción de la naturaleza o sustancia, y ata y une tres cosas temporalmente. Y si cosa hay en parte alguna que perfecta sea, en ella son tres unidos por unidad» (313).

Preguntáronle al amigo «¿qué hacía tu Amado antes de crear el Mundo?» Y contestó: «Mi Amado amaba, porque era de diferentes propiedades personales e infinitas, en donde hay amante, amor y Amado» (268). «El amor tentó al amigo de sabiduría y propúsole esta cuestión: si el Amado le amaba más en haber tomado su naturaleza o en haberla creado. El amigo quedó perplejo, hasta que respondió que la creación tiene mira hacia aportar la infelicidad, y la Encarnación a procurar la felicidad» (280). «Con suspiros refería el amigo la pasión y dolor que su Amado sufrió por su amor, y con tristeza y lágrimas escribía las palabras que decía su amigo muriendo y pensando en su resurrección triunfante, se consolada» (283).

Desgraciadamente, el Mundo no correspondió a la dignación del Amado al crearlo y prevaricó contra él con el pecado «¿Qué cosa era pecado?» se pregunta el amigo. Y responde «Es inordenación contra la ordenación de mi Amado, es desviarse de mi Amado, es por defecto de ordenación, es privación del bien y es contra el fin por el cual



fué creado el mundo» (291). Pero el pecado es algo? «No se que cosa alguna tenga ser sino la criatura y el Amado; si el Amado, pues, no creo el pecado, ¿Cómo puede el pecado tener ser? Mas así como la ceguedad priva de la vista, así el pecado hace perder a muchos la bienaventuranza, (292). Al pecado nos expone nuestra libertad, en la que el Amado nos crió, «como facultad de amor y despreciar sus honores y para que pueda aumentar en él su amor»; con lo que el Amigo le pide que en ese peligro se acuerde de él para que «ponga mi libertad en servitud para alabar tus honores y multiplicar en mi corazón llantos y langores» (323).

Todavía más distanciada del Amado se halla la infidelidad. Lloraba el amigo y estaba muy triste porque veía a los infieles que, por ignorancia, perdían a su Amado, y se alegraba en la justicia de su Amado que castigaba a los que le desconocían y le era desobedientes» (269). Ello hace prorrumper al amigo en exclamaciones como esta: «Si tu, Amado mío, tanto honraste a tu amigo sin mérito suyo, en nombrar y querer a tu santo nombre de Jesucristo, o porque no quieres honrar a tantos hombres ignorantes quienes a sabiendas no han sido tan culpables para con tu santo nombre, Jesucristo, como yo en algún tiempo lo fuí en poco temer, amar y honrar a tu nombre santo y saludable?» (325). Por ahí, «quiso el amigo pasar a tierras extrañas para honrar a su Amado, y quise disfrazarse para no ser conocido ni apresado en su camino; y jamás pudo quitar los llantos de sus ojos ni apartar de su rostro la flaqueza y palidez, y por estas señas fué conocido y apresado en el camino y entregado a tormentos por los enemigos de su Amado» (158).

«Entró un día el amigo en un Claustro de religiosos, y preguntáronle si era religioso. Respondió, «Si, religioso soy de mi Amado», «¿Qué regla sigues? La de mi Amado» «¿A quien votaste? a mi Amado» «¿Tienes voluntad» Respondió: «No, mi Amado la tiene» «¿Añadiste algo a la regla de tu Amado?» «Respondió que lo perfecto no admite adición» Más «por qué vosotros —dijo el amigo— siendo religiosos, no os llaman con el nombre de mi Amado? No sea que, teniendo el nombre de otro, disminuyais el amor, y oyendo la voz de otro, no entendáis al Amado» (301).

En definitiva, ignoraba el amigo a su Amado cuando se admiraba de que las gentes le amaban, conocían y honraban tan poco, siendo él tan digno». A lo que el Amado respondió: «que El había criado al hombre para ser de él conocido, y amado y honrado. Más que esto

había quedado defraudado, porque de mil, sólo los ciento le temían y amaban y que de los ciento, los noventa le temían por el castigo y los diez por la gloria, y que apenas había alguno que le amase por su bondad y nobleza». Oyendo esto el amigo, derramó muchas lágrimas por el deshonor que se hacía a su Amado y díjole: «Oh, Amado, Tú que diste tanto al hombre y le honraste tanto, porque el hombre le ha olvidado tanto?» (218).

Con hallarse el amigo embebido en el amor de su Amado, no es indiferente a las cosas de este mundo. Pero entiende que «son creadas para loar y conocer los valores del Amado» (246). Por eso «olió el amigo flores, se acordó de la hediondez del avariento, y del viejo lujurioso y del soberbio desagradecido. Gustó dulzuras el amigo y entendió en ellas las amarguras de los bienes temporales y de la entrada y salida de este mundo. Sintió el amigo placeres mundanos, y en ellos entendió el breve tránsito de este mundo y los eternos tormentos de que son ocasión los deleites agradables de este mundo, y por eso el amigo, despreció luego todos los deleites vanos» (327). Por eso, es maravilla amar más las cosas ausentes que las presentes y amar más las cosas visibles y corruptibles que las invisibles e incorruptibles» (86). No hay equivalencia posible de unas a otras. Por eso preguntan al amigo «¿Tienes dinero?» Y responde «tengo a mi Amado». «Tienes villas, castillos, o ciudades, reinos, condados, baronías ni dignidades? Responde «tengo amores, pensamientos, deseos, llantos, trabajos, y enfermedades por mi Amado, que son mejores que imperios o reinos» (177). Para el amigo, «el mundo es libro de los que saben leer, en el cual es conocido mi Amado» que es su escritor, por donde cabe decir «que el Mundo está en mi Amado y no mi Amado en el Mundo» (306). Por eso el mundo es amable «como la obra a causa del artífice y como la noche por razón del día que le sigue». Y es rico el que ama la verdad y pobre el que ama la falsedad y fatuo el que ama la sombra sin cuidar de la verdad (307).

El amigo se sirve también de las cosas corporales, pero es como vehículo para los valores espirituales de su amado. «El amigo figuraba con la imaginación y formaba las perfecciones de su Amado en las cosas corporeas, los que por la virtud del entendimiento utilizaba en las cosas espirituales, y con la voluntad adoraba a su Amado en todas las criaturas» (344). Por eso «edificaba el amigo una hermosa ciudad para que la habitase su Amado: los muros eran de fortaleza, los cimientos, de humildad, la mesa, de templanza; la cama, de

castidad, las torres, de magnificencia, las puertas, de fe, esperanza y caridad, las calles, de piedad, los centinelas, de justicia, el idioma que en ella hablaban todos era de amor, para que todas estas cosas pasase el Amado (289).

Y «aconteció un día que el amigo pensaba en el amor grande que tenía a su Amado, y en los grandes trabajos y peligros en que se había visto largo tiempo por su amor, por lo cual discurrió que había de ser grande su premio. Mientras que pensaba en esto, el amigo se acordó de que ya su Amado le había pagado, porque le había enamorado de sus perfecciones y porque su amor le había dado penas» (174). Y en otra ocasión «dijo el amigo a su Amado, que le diese la paga del tiempo que le había servido. Tomó el Amado en cuenta sus pensamientos, deseos, llantos, peligros y trabajos que por su amor había padecido el amigo, y añadió el Amado al amigo la eterna bienaventuranza y se dió a Sí mismo en paga a su amigo» (64).

Con todo es'o plantease la cuestión de «si en este mundo hay mas para reir que para llorar». Vinieron las virtudes y decidieron en favor de que había más para llorar que para reir: la fe «porque son más los infieles que los fieles»; la esperanza «porque pocos son los que esperan en Dios y muchos los que confían en los bienes de este mundo»; la caridad «porque tan pocos son los que aman a Dios y al prójimo» (352). Con esto también, «enfermó el amigo y de consejo de su Amado dispuso su testamento: sus culpas y pecados; mando a contrición y penitencia, los deleites temporales, al desprecio, los llantos y lágrimas, a los ojos, los suspiros y rumores a su corazón; la contemplación de las perfecciones de su Amado, al entendimiento; a su memoria; mandó la pasión que por amor padeció su Amado, y a su trabajo la solicitud de la conversión de los infieles, los cuales por ignorancia, pecan» (353) A la sazón, «acordóse el amigo de sus pecados y por temor del infierno quiso llorar y no pudo. Pidió lágrimas al amor, y la sabiduría le respondió que mas frecuente y fuertemente lloran por amor de su Amado que por temor de las penas del infierno, puesto que le agradan más los llantos que son por amor que las lágrimas que se derraman por temor» (340).

En definitiva, preguntaron al amigo «que cosa es este mundo»? Es cárcel de los amadores y siervos de mi Amado» «¿Y quién les mete en la cárcel?» «Por una parte la conciencia, el amor, temor, renunciación y contrición y por otra parte, la compañía de gente vil y los trabajos sin galardón, en los que hay castigo» «¿Quién los da la

libertad?» «La misericordia, piedad y justicia». «¿En donde los colocan?» En la eterna gloria en donde hay alegre compañía de los verdaderos amadores, alabando dabilmente sin fin, bendiciendo y glorificando al Amado de los amadores, a quien sea siempre dada alabanza, honra y gloria por todo el mundo. (365).

Con todas estas cosas y otras muchas, da Blanquerna por terminado su libro «en el cual se ha tratado del Matrimonio, de Religión, de prelación en los obispos y arzobispos, y de sus oficiales en sus obispados, del apostólico señorío que tiene el Santo Padre apostólico y los señores Cardenales en el régimen espiritual de la Universal Iglesia, y de la vida eremitica contemplativa, para dar doctrina como todos los hombres deben vivir en este mundo en servicio de Dios, recibir su divina gracia y en el otro mundo su gloria, a lo cual por su Divina bondad nos quiera llevar para más perfectamente entenderle, amarle y servirle y de todo darle gracias sin fin».

Estas palabras con que termina Blanquerna su obra encierran también lo que hay en ella de perenne y constituye el gran mérito de su universalismo. Quedaría por precisar su posible ajuste a la mentalidad de nuestro tiempo, tan afanoso de progresar técnicamente en la inventiva de medios hacia los fines cada día más minuciosamente desdoblados y apetecibles como valores de bien (con el saber y hacer interesados), de belleza (con el arte, la literatura y el juego represivo) y de verdad (con la ciencia desinteresada) de la vida y cultura presente y profana, todo ello en el ámbito de una economía complicadísima. Su ordenación a la vida religiosa y futura, incluso cristiana, no es imposible pero se halla harto más alejada de lo que Blanquerna deseara de la mente de nuestros contemporáneos, sobre todo de los que cifran su felicidad en la máxima atenuación del dolor y la exaltación del placer. Puntualizar las condiciones de esta ordenación, así como su realización bajo la providencia divina, histórica y casuística, en cuya interpretación, sobre todo en cuanto a los infieles, aparece vacilante y deficiente el pensamiento de Blanquerna, sería una tarea interesante para los lulistas de la actualidad, que pudiera tomarse en consideración como conclusión de este Congreso.

JUAN ZARAGÜETA

Director del Instituto «Luis Vives»  
de Filosofía, del C. S. de I. C.  
Madrid